

dignos y pundonorosos jefes de ese ejército que había dado é iba á dar tantos días de gloria á la República.

Tal estado de cosas vino á reagravarse por la noticia fidedigna que se tuvo de que el traidor Márquez, al frente de un respetable cuerpo de ejército, se encaminaba hacia la ciudad de Puebla, en auxilio de sus correligionarios.

Entonces el General Díaz concibió un proyecto grandioso: *el asalto de la plaza*.

Reunió la tarde del 1º de Abril, en su Cuartel General, á los jefes que creyó oportuno; y después de un breve pero elocuente exordio, les hizo presente el estado real y aflictivo de la situación, encareciéndoles la necesidad de la adopción inmediata de su pensamiento: el auditorio acogió con entusiasmo la medida propuesta, en cuya virtud fueron dadas en el acto las órdenes correspondientes, á fin de que el hecho que se había acordado realizar tuviera verificativo la madrugada del siguiente día, esto es, del inolvidable "2 de Abril," que iba á ser escrito en nuestra historia con caracteres indelebles.

El General Alatorre dictaba, por acuerdo del General en Jefe, las disposiciones siguientes:

"Se señaló al General Cravioto el asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla; al General Carrión el de las trincheras de las calles de Belem é Iglesias, y el de la brecha abierta en la manzana de Malpica; á Mier y Terán las de la calle de Miradores; á Carbó, que se posesionase del Noviciado, y á Carlos Pacheco, que sólo era entonces Comandante de batallón, que tomase la trinchera de la Siempreviva.

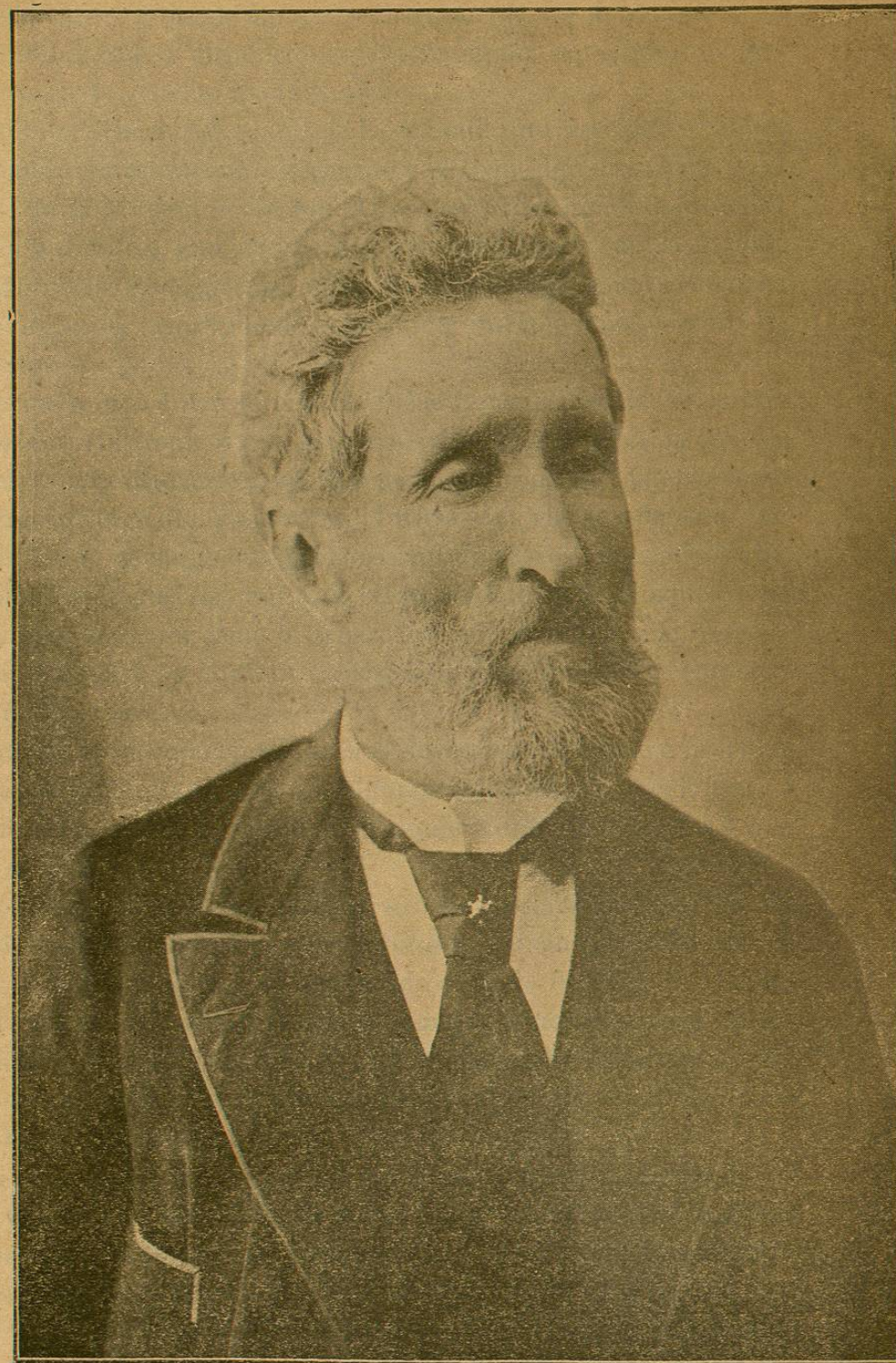
"El General Juan C. Bonilla debía asaltar el parapeto del costado de San Agustín, en tanto que Figueroa, Andrade, León, Vázquez Aldana y otros jefes debían hacer igual movimiento por el Oriente de la ciudad.

"Alatorre, con la reserva, debía ocurrir al punto donde fuera preciso el auxilio.

"Trece eran las principales columnas dispuestas para aquel ataque general, que tenía la insensatez del heroísmo."¹

La noche se pasó en los preparativos: un silencio sepulcral envolvía á la población que aparecía como aletargada: sólo el triste y mo-

¹ Escudero. Apuntes históricos del General Porfirio Díaz.



GENERAL CARLOS PACHECO.

nótono alertar de los centinelas, y el ruido confuso é imponente de las tropas que á guisa de fantasmas pasaban de un punto á otro en virtud de las nuevas disposiciones, interrumpían aquella calma glacial, présaga de grandes acontecimientos.

De súbito, y hacia las cuatro de la mañana, un resplandor rojizo, iluminando siniestramente el espacio, y el toque de rebato dado en el templo de la Merced, indicaron á los asaltantes, que la hora había llegado; y entonces, enmedio de una obscuridad densa, entre el ruido del cañón y las descargas cerradas de la fusilería, como avalancha que se precipita, las columnas se lanzaron intrépidamente sobre los parapetos.

El primero que entró en la plaza fué el General Bonilla: su columna pasó casi sin tropiezo por la trinchera de la esquina de la calle de Victoria, cuyos ocupantes, poseídos de un terror pánico, la abandonaron precipitadamente; y entonces, al verse solo en la referida plaza, atacado por el enemigo que había reocupado su posición de Victoria, é ignorando el éxito del asalto, se creyó perdido; pero en aquellos terribles momentos, su genio le deparó un recurso cuyo buen resultado vino á salvarlo, y á influir satisfactoria y decididamente en el término del combate.

Mandó á un bizarro oficial, Ireneo Reyes, perteneciente á la fuerza de Zacapoaxtla, que trepara con algunos soldados de la columna, á la torre de Catedral, y venciendo cualquiera dificultad, echara á vuelo las campanas.

Sus órdenes fueron cumplidas, y á los pocos instantes, el timbre metálico, difundiéndose por los ámbitos de la ciudad, hizo cesar la lucha, y anunciar el triunfo espléndido acabado de obtener: la auro-ra del "2 de Abril" comenzaba á apuntar en el horizonte, y á su luz indefinible y bella, pudieron admirarse los prodigios de valor realizados por un ejército de ciudadanos que acababa de destruir el principal baluarte de la usurpación.

Las calles quedaron obstruídas con los escombros, y regadas de heridos y muertos, especialmente de los de la "Siempreviva," donde el ataque y la defensa fueron desesperados, y donde el jefe asaltante, Carlos Pacheco, mutilado horriblemente, se cubrió de gloria.

De los demás jefes de las columnas, murieron, Rodríguez, en la calle de Belem; Acuña, en la de Iglesias; y Arezebal, joven simpático,

valiente é instruído, en la de la Alcantarilla. El Carmen, donde mandaba el tráfuga Don Hermenegildo Carrillo, fué el último punto que se defendió, y que fué atacado vigorosamente y tomado después de una tenaz resistencia, por las valientes tropas del Sur, á las órdenes del General Pinzón y del de igual clase Don Diego Alvarez.

El General en Jefe se ocupó en regularizar la victoria, dictando las órdenes convenientes; ningún desorden la acompañó: en seguida expidió la proclama que sigue, y rindió el parte correspondiente de la acción. Uno y otro documentos son dignos de pasar á la posteridad, y dicen así:

“Ejército republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—C. Ministro.

“Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad, quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque.

“Don Febronio Quijano, Don Mariano Trujeque y otros veinte jefes y oficiales traidores, fueron hechos prisioneros y ejecutados con arreglo á la ley.

“Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae Don Leonardo Márquez, y éste, según los informes de mis exploradores, pernoctó ayer en San Nicolás, con una división de 3 á 4 mil hombres y 18 piezas de artillería.

“Aun no puedo decir á Ud. las operaciones que me propongo ejecutar, pero sí me creo en aptitud de asegurarle, que los cerros sucumbirán y Márquez será batido, si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices.

“En uno y otro caso, muy pronto estaré sobre el Valle, para acudir en auxilio del ejército del Norte ó emprender sobre México, según mejor convenga.

“Sírvase Ud. poner lo expuesto en el superior conocimiento del C. Presidente de la República, asegurándole de nuevo las seguridades de mi respeto.

“Y lo transcribo á Ud. para su conocimiento, reiterándole mi distinguido aprecio.

“Independencia y Reforma. Zaragoza, Abril 2 de 1867.—*Porfirio Díaz*.—C. Ministro de Guerra y Marina.—San Luis Potosí.”

“El General en Jefe del ejército de Oriente, á sus subordinados, vencedores en Puebla:

“Compañeros de armas: quiero ser el primero en pagar tributo á vuestro heroísmo. La Nación toda y la posteridad vendrán después á perpetuar vuestra gloria.

“Habéis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre el 5 de Mayo. El 2 de Abril de 1867 se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

“Mucho esperaba de vosotros: os he visto acudir sin armas al llamamiento de la patria para armaros en Miahuatlán y en la Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles quitados al enemigo. Habéis combatido desnudos y hambrientos, dejando á la espalda un rastro de gloria; y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido más allá de mi esperanza.

“Una plaza, no sin razón, denominada invicta, y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido á un solo empuje de vuestro brío. La guarnición toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo son el trofeo de vuestra victoria.

“Soldados: merecís bien de la patria. La lucha que la desgarró no puede ya prolongarse. Acabáis de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya: está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene hijos como vosotros.

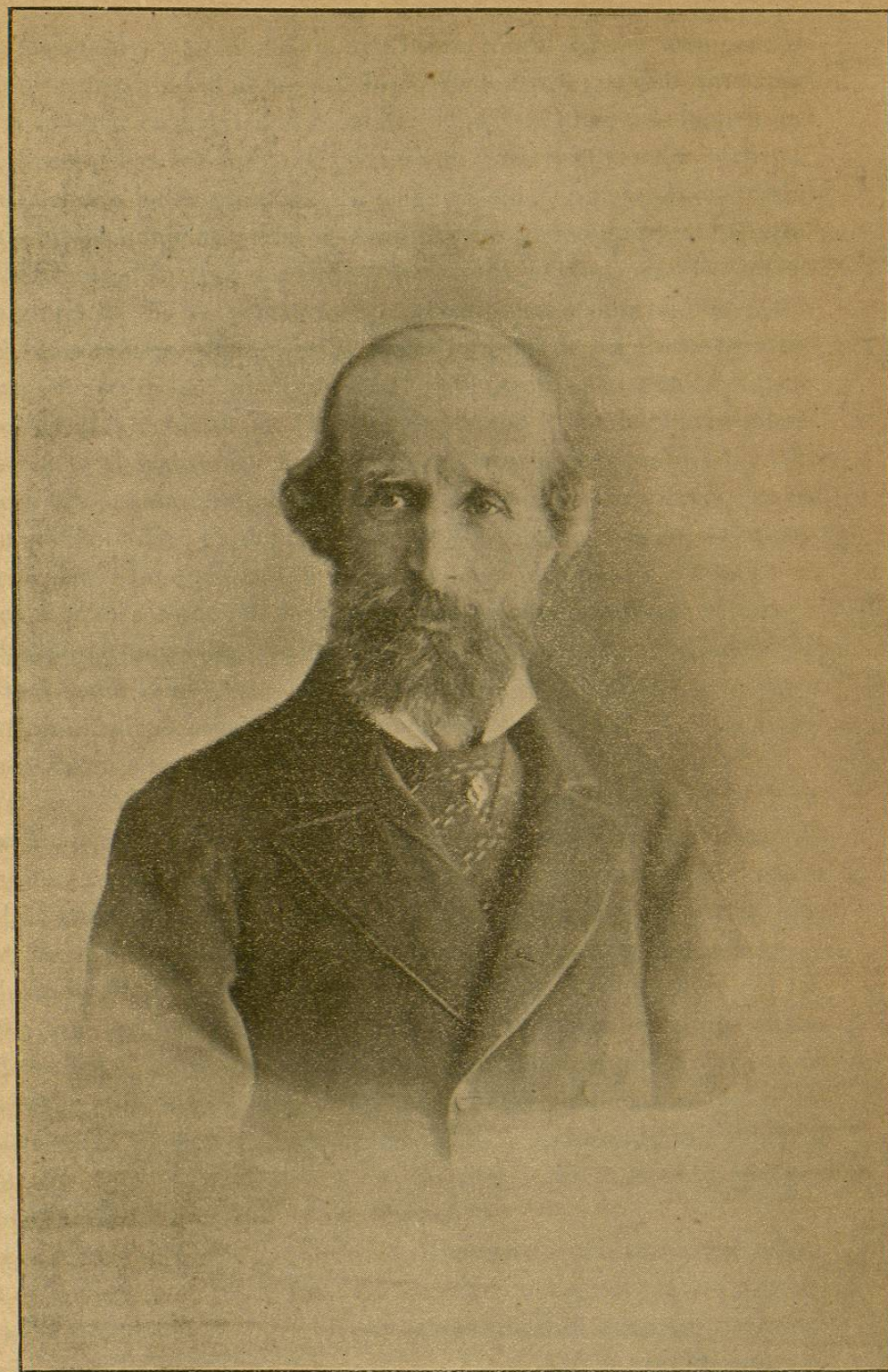
“Intrépidos en el combate y sobrios en el uso de la victoria, habéis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo, y su gratitud por vuestra disciplina.

“¿Qué General no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo. —*Porfirio Díaz*.—Zaragoza, Abril 2 de 1867.”

Los restos del enemigo se refugiaron en los Fuertes de Guadalupe y Loreto: el General Díaz empezó desde luego sus operaciones sobre éstos, con tal vigor, que la noche del 3 al 4 se rindió el segundo y poco después el primero, sin condiciones de ninguna clase, y ambos con un gran repuesto de municiones y todas las armas que tenía su guarnición, con cuyo hecho quedó completa la posesión de la plaza, y terminada la campaña en el Estado de Puebla.

Un orador ilustre, el Licenciado Don Manuel María de Zamacona, refiriéndose al asalto relacionado, ha escrito las siguientes bellísimas líneas:

“No está hecha todavía la historia de la memorable jornada que hizo ya segura y próxima la restauración del poder nacional, sobre las astillas del trono en que la usurpación había sentado á un rey de burlas. La víspera y el día siguiente del gran suceso, permanecen en una penumbra de que debe sacarlos el testimonio de los contemporáneos. Yo me siento obligado á dar el mío, porque las circunstancias me hicieron respecto de aquellos memorables episodios, próximo, y en alguna parte único testigo. En mi hogar se recordará siempre como un honor el hospedaje que recibió en él, durante el sitio de Puebla en 67, el jefe del ejército sitiador. Debí á tal circunstancia el observar las influencias contrapuestas que se trató de ejercer en su ánimo para torcer sus planes. Ninguna fué tan tenaz como la de un mensajero, bien intencionado, venido de San Luis, residencia entonces del Gobierno. Instalado en el Cuartel General, durante el sitio, abogó sin cesar por la idea de levantarlo para obrar una concentración de fuerzas sobre Querétaro. Era ya el 1º de Abril. Se obtuvo la noticia de que el Lugarteniente del Imperio, con ejército respetable, se hallaba á dos jornadas. Un perspicaz instinto le había hecho comprender, lo mismo que al jefe de las armas republicanas, que Puebla era el nudo y la clave de la situación. Lo más crítico y grave consistía en el agotamiento de las municiones entre los sitiadores. Estaba el día mediado. Una marcha de honor batida en la garita de México anunció que el General en Jefe, después de recorrer las líneas, volvía, como de costumbre, al Cuartel General. Apareció, en efecto, seguido de su Estado Mayor, al son de los clarines y tambores, y encumbró á galope el cerro de San Juan. El mensajero de San Luis, que lo veía conmigo desde el alfeizar de una ventana, me dijo estas palabras, con toda la vehemencia del patriotismo desolado:—“Hoy todavía hay honores para ese hombre. Mañana él y nosotros vagaremos dispersos y perseguidos por los imperialistas.” Bajo estas impresiones, que por desgracia habían cundido en el Cuartel General y entre las tropas, nos sentamos, preocupados y taciturnos, á la mesa del almuerzo. El jefe que la presidía hubo de fijar su atención en el silencio siniestro de los comensales y lo interrumpió de improviso con una de



LIC. D. MANUEL MARIA DE ZAMAONA.